

jubon, medias, ancha gola encañonada, casco y alabarda: en las grandes solemnidades usan una coraza mas ó menos rica segun la fiesta, y un casco con penacho y cola colgante mas ó menos lujosa, como la coraza. Cuando en dias de trabajo se encuentra en las calles de Roma, lejos del Vaticano (lo que es muy raro) á un suizo de uniforme, resalta en el cuadro como un toque de color extraño y demasiado chillon y escita la risa. Muy diferente es el efecto cuando al desembocar en la plaza de San Pedro se ve á un centinela suizo empuñando su alabarda en el ángulo de la columnata, pues entonces el viajero se cree trasportado á un mundo del todo diferente del actual; aquel uniforme se asocia perfectamente á la arquitectura y á las ideas que á su vista se despiertan en el ánimo, y si algo entonces parece extraño al observador es no hallarse él vestido con un traje de aquella época; se achaca á sí mismo la falta de armonía, y siente que su vestido negro no peque por exceso de colores.

Nada puedo decirte de la música de la capilla pontifical, pues esto exigiria un volumen especial; los cantores están colocados debajo de la cúpula, á la derecha y al pie de la imagen de Santa Inés; su tribuna, que se eleva 263 metros sobre el suelo, está cerrada por una reja dorada, y no puede verse lo que pasa dentro. Hoy la ejecucion me ha parecido poco esmerada, pero la música llama la atencion bajo mas de un concepto. En la capilla Sixtina es donde se debe oír á estos cantores, pues su número y la música que ejecutan están calculados con relacion á esta capilla, no con relacion á la basílica de San Pedro.

A las doce habia cumplido la primera parte de mi programa de aquel dia, y me dirigí á Letran, á donde me llamaba el gran penitenciario, por el mismo camino de ayer, esto es, por Santa María Mayor. El ábside, en lo alto de su rampa cubierta de yerba, forma una de las mas encantadoras vistas de Roma, pues donde quiera que en esta ciudad puso su mano Miguel Angel resultó algo que ostenta el doble sello del vigor y de la gracia. Llegué á Letrán á la conclusion de las vísperas. A las cuatro tuvo lugar el *gran penitenciario*, palabras que se aplican á la ceremonia en sí misma y al cardenal que la desempeña. Es un recuerdo de la antigua emancipacion romana: la varita que se rompía solo sirve ya para tocar ligeramente al penitente, y este toque se aplica á la idea moral en lugar de referirse á la idea de esclavitud. El cardenal penitenciario está sentado en un confesonario; los penitentes se arrodillan delante de él y reciben en la cabeza un golpecito con la larga varita de mimbre blanco que tiene en la mano; algunos penitentes se han confesado en otra parte, pero otros van á confesarse directamente con el cardenal. El golpe de la varita tiene señalados cien dias

de indulgencia, y el viajero concienzudo va generalmente á recibir un golpecito en la cabeza. Esto es lo que en la actualidad constituye el gran penitenciario *ordinario* en las basílicas romanas; pero hay además el gran penitenciario solemne de la Semana Santa, que se rodea de formas mas imponentes, conoce pecados mas graves, y se verifica en San Pedro el miércoles, jueves y viernes Santos.

Salí de San Juan de Letran por la puerta principal con un doble objeto: no ver su fachada y volver á contemplar el hermoso panorama de la campiña romana. Al efecto seguí la dilatada alameda que une San Juan con Santa Cruz de Jerusalem, y rodeado de una completa soledad llegué á la segunda de las espresadas basílicas, cuyo exterior muy pintoresco por sí mismo y por lo que lo rodea vale mucho mas que su interior; esta basílica fue construida por Santa Elena en los antiguos jardines de Heliogábalo, y ha recibido su nombre de un pedazo de la verdadera cruz enviado por Constantino para que fuese depositado en el tesoro de la basílica. Las únicas cosas dignas allí de mencion son el vestíbulo oval de forma elegante, pero harto desnudo y frio; y dentro, un hermoso mosaico encima del altar con algunos frescos de Pinturicchio sobre la arcada que forma la nave. El sacristan, que en Roma está pronto en todas partes á apoderarse del viajero y á guiarlo, se empeñó en desempeñar su oficio en debida forma; hizome bajar á la capilla llamada de Santa Elena, y cuyo pavimento ha sido formado en parte con tierra llevada de Jerusalem; la entrada en esta capilla, cerrada con una verja, está siempre prohibida á las mujeres, cosa muy frecuente en Roma y que divierte mucho á los sacristanes, no sé por qué. El sacristan me llevó luego al antiguo anfiteatro contiguo á la basílica, y cuyo interior medio cegado se destina á la horticultura, de la que sacan su subsistencia los frailes de Santa Cruz. Hacia el lado de la basílica se ven las ruinas del templo de Venus, que segun se refiere, descollaba en medio de los jardines de Heliogábalo. El verdadero punto para gozar bien de la vista de Santa Cruz está fuera de la puerta de San Juan de Letran, desde donde se ve agruparse las ruinas de una manera muy pintoresca.

El convento pertenece á los monges de la orden de San Bernardo, quienes ejercen una menuda industria piadosa con aplicacion á los viajeros, pues fabrican clavos que imitan los de la verdadera cruz: tienen 20 ó 25 centímetros de largo, son cuadrangulares y terminan en una gran cápsula semi-esférica que forma la cabeza. Cuando se cuenta con la recomendacion de alguna persona influyente se puede conseguir que en la cápsula del falso clavo se introduzcan algunas partículas limadas del clavo verdadero que se conserva en Santa Cruz. Dícese que por este

medio han sido multiplicados mas allá de todo limite y razon los llamados verdaderos clavos de la Pasion, que por lo regular no son sino falsos clavos que contienen algunas partículas de los verdaderos, los que en número de cuatro, están repartidos como sigue: uno en Santa Cruz de Jerusalem, otro en San Pedro de Roma, uno en Nuestra Señora de París, y otro, forjado en forma de lámina, figura en la Corona de hierro.

Salí de la basílica de Santa Cruz siguiendo la antigua tapia que une el templo de Venus con la puerta Mayor; el camino, desierto y abandonado, pasa por debajo de los arcos del acueducto de Neron, que al atravesar la campiña romana se bifurca, sigue á lo largo de las tapias por una parte y atraviesa por la otra la villa Volskonski. No hay cosa tan bella como estos barrios con sus largas arcadas rojas medio cubiertas de hiedra, en las que el agua que murmura dentro de los conductos se escapa algunas veces por sus grietas en chorros que forman cascadas. Todo este barrio está despoblado, y no obstante me encuentro en la puerta Mayor; pero precisamente este contraste de las ruinas y del desorden con el lujo de ciertos lugares, es lo que constituye uno de los mayores atractivos de Roma.

Sigo por los Trofeos de Mario, especie de antiguos restos bastante insignificantes, á los que se puede aplicar todos los nombres que se quiera, y que están harto deteriorados para poder prestarse á una restauracion cualquiera. Luego, antes de llegar al pórtico de Santa María Mayor, sigo á la izquierda una calle sucia y muy poblada, á cuya derecha hay una puertecilla; bajo algunos escalones, y me encuentro en la pequeña iglesia de Santa Práxedes.

Este templo de forma de basílica, es una extraña mezcla de riqueza y desnudez; los viajeros lo visitan poco, y no obstante merece ser visitado, especialmente hoy dia en que las señoras por escepcion de la regla, pueden entrar en la capilla (por lo regular cerrada), en que se conserva la columna de la Flagelacion.

Cerca de la puerta de entrada, á la derecha y dando frente al altar mayor, hay una capilla alumbrada por una sola ventana estrecha, reforzada con tres rejas: una puerta romana cuyo arco está cubierto con un rico mosaico, abre paso á dicha capilla. Sobre un altar colocado á la derecha de la puerta, en un nicho rodeado de una gloria con nubes, rayos y ángeles y cerrado con un cristal, se ve la columna á que fue atado Jesucristo para ser flagelado. Esta columna fue llevada á Roma en 1223 por el cardenal Colonna; es de mármol jaspeado, especie de jaspe de color sanguíneo dispuesto en forma de fajas con puntos rojos; su matiz general es verde, y de su materia, que se vende en Roma á muy subido precio en los talle-

res de los torneros, se hacen mil curiosos objetos. La columna es baja, y permite á las varas caer libremente sobre la espalda del que, atado á ella, se halla espuesto á los golpes desde la cabeza hasta la cintura. El domingo de Ramos es el único dia en que se permite la entrada en la capilla, cubierta entonces desde el suelo hasta la bóveda de mosaicos sobre fondo de oro.

El arco de la nave está decorado tambien con gran riqueza, y para subir al altar hay dos rampas cuyos escalones de rojo antiguo, son los trozos mayores que se conocen de este raro y precioso mármol; despues de ellos deben citarse los Faunos del Capitolio y las columnas del jardin de Rospigliosi, pues estos escalones tienen mas de 5 metros de longitud, y están formados de un solo trozo.

En la sacristía hay un cuadro de J. Romain, que representa la Flagelacion; es un hermoso lienzo lleno de luz, en el que, al contrario de lo que ocurre en la mayor parte de los cuadros del espresado pintor, las sombras se han ennegrecido poco.

En el centro de la nave hay una singular representacion del pozo á que fue arrojada Santa Práxedes; en el suelo está el brocal, y en medio de él, arrodillada como sobre una tapadera del mismo, se halla la imagen de la Santa casi del tamaño natural y de color; en una mano tiene una copa llena de sangre, y con la otra esprime en la misma una esponja empapada en la sangre de los mártires, recogida por ella. Todo esto es de color, y produce una impresion desagradable; es el arte puesto por decirlo asi, al servicio de las imaginaciones incultas, y remedando las figuras de cera. Nada me parece mas ofensivo á la vista que tales figuras, pues se advierte en ellas una falta de verdad y una dureza que repugnan al buen gusto.

LUNES SANTO.

Preparativos en San Pedro.—Visita de la *Loggia*.—San Pablo de las Tres-Fuentes.—La Virgen de San Agustín.—El Bambino.—Claustro y reliquias de San Juan de Letran.—Mesa de la Cena.—El Pesebre de Santa María Mayor.

Continúan los preparativos indispensables para ciertas fiestas de la Semana Santa: en la parte posterior de San Pedro y de la capilla Sixtina es preciso disponer la Cena y la tribuna de la Bendicion: la Cena se verifica en el vestíbulo superior de San Pedro. La puerta que á él da entrada está en la sala régia al lado de la capilla Paulina, y para llegar á ella se suben algunos escalones. Este vestíbulo es una larga y alta galería perfectamente alumbrada por cinco grandes espacios abiertos, de los cuales el del centro forma la *Loggia*. Delante de esta ventana central hay dispuesto un armazon de madera parecido á los pedestales que sostienen las estatuas en las es-

posiciones artísticas, y encima del cual los conductores del papa colocan momentáneamente la *Sedia* pontifical. El papa se mantiene en pie, y al parecer se apoya en los hombros de dichos conductores; pero éstos no le sostienen realmente, pues los reemplaza un sustentáculo menos accesible á la fatiga. Dispónese primero en toda la longitud de la sala una fila de palcos que forman sitios reservados para los que llevan billetes; luego, en frente y hácia el lado de la

basílica se levanta un estenso estrado á cierta altura, sobre el cual se representa la Cena. Estos preparativos se asemejan demasiado á las diversiones públicas, y despojan las ceremonias de todo carácter religioso. Pero de esto se consuela el ánimo cuando se examina el panorama que se ofrece á la vista desde la *Loggia* central. El primer término detrás de la columnata forma un conjunto de construcciones frágiles y mezquinas; pero mas arriba ¡qué perspectiva!



Conductores del Papa.

El castillo de San-Angelo, el Tíber que desaparece en sus rodeos, la *villa* de Médicis, el Quirinal, las cúpulas de las iglesias de Roma que se elevan ó bajan siguiendo las ondulaciones de las colinas romanas; mas allá, las *villas* de Borghese y Ludovisi, la campiña que se pierde en el horizonte, y dominándolo todo, los montes de la Sabina; á la derecha, sobre una de las eminencias, brilla con una lozanía verde y luminosa la meseta llamada *Campo de Anibal*, desde donde este general clásico contempló largo rato la antigua Roma. Despues de admirar debidamente

este panorama, volví á bajar por la escalera de la sala régia, y entrando en el patio de San Dámaso me ví importunado por un dependiente que se obstinaba en hacerme recorrer todo el Vaticano; ¡como si yo no estuviese ya bastante ocupado! El buen hombre me decia que bastaban dos horas para verlo todo. Posible es que así sea; pero este modo de correr por galerías y museos, practicado estos dias por muchos viajeros atolondrados, embrutece la inteligencia á causa de la multitud de objetos que sin cesar desfilan á la vista.

Deseando, con motivo de los dias santos, conocer todas las estaciones piadosas que hacen ciertos romanos, hubiera deseado ir á San Pablo de las Tres-Fuentes. Esta iglesia, que está situada bastante lejos de la ciudad, mas lejos que San Pablo-Basílica, á 1 milla poco mas ó menos del empalme del camino de Ostia, forma grupo con otros dos edificios religiosos, y es célebre por las tres fuentes á que debe su nombre. Cuéntase que fue construida en el lugar de la dego-

llacion de San Pablo, cuya cabeza al desprenderse del tronco dió tres saltos, brotando una fuente en cada uno de los sitios que tocó; los fieles acuden en estos dias santos á beber del agua de las tres fuentes, y á asistir á la exhibicion de algunas reliquias. Pero me fue forzoso renunciar al deseo de visitar aquel distante santuario, pues es bastante difícil encontrar durante la Semana Santa un vehículo para una carrera que invierte tres ó cuatro horas entre ida y vuelta, y



Guardia suizo del Papa.

hube de contentarme hoy con visitar el Bambino y la Virgen de San Agustín. Hay aquí muchas imágenes milagrosas, pintadas ó esculpidas, como el Cristo de la Escalera santa y el Cristo negro de Santa María del Pueblo; pero creo que ninguna imagen ha podido competir jamás como creencia popular, con la reputacion del Bambino y de la Virgen de San Agustín.

Desde San Pedro seguí por el puente de San Angelo y la calle de los Coronari, calle larga y mercantil en la que se ve una casita harto desvencijada,

habitada en otro tiempo por Rafael; dicha calle me condujo á la iglesia de San Agustín. Este templo, bastante mediano en su arquitectura exterior, se halla en medio del barrio activo y populoso de la Roma moderna, cerca del Correo, el Panteon y la plaza de Navona. La Virgen, obra célebre de Sansovino, está colocada en el interior y sobre la pared que forma la fachada de la iglesia: es un grupo del tamaño natural, de mármol blanco. La Virgen, que se ve hasta medio cuerpo, tiene en brazos al niño Jesus; y aunque no es una obra extraordinaria, este grupo revela

un talento superior, habiéndose hecho con justo motivo la observación de que forma una extraña excepción de la regla general. En efecto, por lo regular la credulidad popular elige por objetos de su veneración obras deformes, artísticamente consideradas; aquí sucede todo lo contrario, y creo que es el único ejemplo en Roma de una escultura notable que ha llegado á ser objeto de un culto tan general: la Virgen de Miguel Angel que está en San Pedro no ha tenido esta fortuna, y se encuentra casi desconocida de los fieles romanos en la capilla de la Pietá donde ha sido relegada.

Es bastante difícil ver bien este grupo, porque está colocado en la sombra, y aunque tiene para alumbrarlo gran número de luces, despiden éstas tanto humo y oscilan tanto que antes bien le perjudican que le aprovechan; alrededor, sobre la pared donde se halla la Virgen y en la de enfrente abundan las lamparillas y las velas encendidas por los fieles; además,—y esto en mucho mayor cantidad aun que las lamparillas,—hay corazones dorados y plateados que cubren parte del edificio. En el centro de esta superficie, á la vez sombría y deslumbradora, descátase el grupo de la Virgen y su Hijo, enteramente cubierto de diamantes, perlas y otras piedras preciosas; los collares cuelgan formando veinte ó treinta sartas; los braceletes le cubren los brazos; la cabeza desaparece bajo las peinetas y las diademas; y encima del pedestal, entre los brazos, sobre la espalda y en los pliegues del ropaje hay colocados cofrecitos llenos de alhajas. La Virgen lleva sobre sí un tesoro, siendo de notar que lo que se ve solo constituye una parte de sus riquezas, las que le han sido ofrecidas en agradecimiento de votos cumplidos, y también para obtener de ella la satisfacción de los que se desea ver realizados. La Virgen de San Agustín interviene é intercede en todo lo que á la maternidad se refiere, desde el acto de la concepción hasta la completa educación de los hijos. Esto, como bien se adivina, constituye un largo capítulo que habla á todas las clases de la sociedad; lo cual explica en parte la riqueza fabulosa de las ofrendas que la imagen ha recibido y recibe. Cuéntase que parte de sus adornos le han sido ya robados por diestros ladrones, y aun se dice que algunas veces ciertas madres sienten haber entregado sus ofrendas. Cítase á una dama romana que deseosa de alcanzar la curación de su hija, regaló á la Virgen una hermosa diadema de diamantes; pero que al ver curada á aquella echó de menos su ofrenda, y fué despues de largas dudas á reclamarla del prior de San Agustín. Negóse éste á tomarla y á hacerla tomar, limitándose simplemente á autorizar á la dama para que la quitase por sí misma de la cabeza de la Virgen; la dama intentó hacerlo, y al efecto se subió á una silla, pero no pudo decidirse á

tocar la imagen, la que ha conservado desde entonces sobre su cabellera la reclamada y no recuperada diadema.

La Virgen es mas rica que el Bambino, del que voy á hablar, y no solo recibe objetos preciosos de personas que residen en Roma, sino que también se le envían por ageno conducto. Cítase como ejemplo la historia de una dama francesa que habitaba en las cercanías de Nimes, y que escribió á una de sus amigas de Roma para que intercediese con la Virgen á fin de obtener el favor de la maternidad. La amiga romana hizo en efecto todas las devociones y novenas acostumbradas en tales casos; pero siempre que lo verificaba tenia, segun se refiere, la precaución de añadir con la mayor sencillez (porque ya tenia hijos) estas espresivas palabras:

«Virgen santa, no os equivoqueis; lo que os pido es para mí la amiga que vive en Nimes, no para mí.»

Para llegar desde San Agustín á la iglesia de Ara-Cæli donde está el Bambino, es preciso atravesar la plaza de Navona, por demás pintoresca y animada en toda su longitud; pasar luego por un dédalo de calles y plazuelas de que es bastante difícil hacer formar idea en pocas palabras; llegar primero á San Andrés del Valle y luego al Jesus, desde donde se descubre la escalinata del Capitolio, terminada con sus caballos y estatuas; y una vez allí, ya es fácil dirigirse. Al pie de la rampa del Capitolio y á la izquierda hay una larga y empinada escalera en línea recta, cuyos escalones negros son no obstante de mármol blanco, que ha sufrido las injurias del tiempo; algunos fieles suben también de rodillas estos escalones, como los de la *Scala Santa*. La iglesia de Ara-Cæli ha sido construida, segun se dice, sobre el solar y con los materiales del templo de Júpiter Capitolino; en sus paredes de frente y laterales el viajero ve aun los restos de las primitivas construcciones; la fachada negra y desnuda de esta iglesia encaramada, si así puede decirse, en la cima de la roca, contrasta notablemente con las construcciones y las rampas mas ornamentadas del moderno Capitolio.

Solo en las grandes solemnidades y despues de cierta hora se abren las puertas de la fachada de Ara-Cæli, siendo preferible por lo tanto no aventurarse á subir los innumerables escalones que á dicha iglesia conducen, dar la vuelta al museo del Capitolio y entrar en ella por la escalera lateral que, desembocando cerca del claustro y del altar mayor, empieza en la parte superior de la rampa del Forum.

El Bambino está encerrado en tiempos ordinarios en el armario de una pequeña sacristía particular, situada al lado de la grande; pero en Roma, los extranjeros son tratados benevolamente, y si se espresa el deseo de ver el Bambino, un fraile se presenta para enseñárselo.

El Bambino es una escultura de madera que representa un niño en mantillas; no se le ven los brazos, porque se supone que están envueltos en los pañales; su rostro es alegre, risueño y colorado como una manzana. Dicese que fue hecho y pintado por San Lucas, esculpido con la raíz de un árbol del Jardin de los Olivos, arrojado al mar, azotado por las olas, llevado á la desembocadura del Tiber, siendo por último recibido y conservado en Ara-Cæli. Como se ve esta historia no peca de moderna. Está metido en un cofrecillo de unos 60 centímetros de longitud, y á uno y otro lado del armario hay dos pésimas figuras de cera que representan á San Juan y la Virgen; figuras cuya fabricación pretenciosa forma gran contraste con el estilo sencillo y no sin cierto encanto, de la diminuta estatua del Bambino.

Solo se le ve la cara; unos pañales bordados lo envuelven por completo, y sobre ellos brillan en gran copia diamantes, joyas y piedras preciosas, parte de la fortuna de Bambino, que á semejanza de los modernos potentados, tiene su lista civil. No obstante, su opulencia ha disminuido mucho desde la revolución de 1849, pues anteriormente tenia sus caballerizas y sus coches; despues de la revolución poseyó durante algun tiempo los coches de los senadores fugitivos, pero al regreso del papa fue suprimido tan fastuoso tren. Dicese que á los ojos de los romanos le ha perjudicado mucho este cambio de fortuna, pues en todas las naciones meridionales es indispensable el lujo estérno para imponer respeto á la multitud; y hé aquí por qué Bambino no es ya como en mejores dias el ídolo predilecto y querido de los romanos. No obstante, ciertas personas fieles á los viejos principios, le profesan un cariño que raya en locura; y en prueba de ello, cítase el hecho siguiente.

Cuando un enfermo desea ver á Bambino, lo hace pedir al convento; un fraile lo lleva á domicilio, y segun el rostro serio ó alegre que Bambino muestra al entrar en la casa del paciente, éste se cree curado ó perdido. Una dama romana, que habia quedado satisfecha de la influencia benéfica de Bambino, logró se le permitiese retenerlo en su casa durante algunos dias, á fin de acelerar su curación. Este deseo ocultaba una celada, pues la enferma, que pretendia tener siempre á mano su salvador, se proponia nada menos que no restituirlo. Hizo, pues, fabricar secretamente un Bambino apócrifo con las mismas facciones y con el mismo color, siendo lo mejor del caso que cuando los frailes fueron á buscar á su pupilo se llevaron su copia y la guardaron en el acostumbrado armario. Mas, hé aquí que al llegar la noche cundió el pánico en el convento, pues al dar las doce se oyó un ruido terrible en la puerta; ruido ocasionado por Bambino que volvia por sí solo y llamaba desaforadamente, anhelando espul-

sar al usurpador de su nombre y sus derechos.

Durante las fiestas de Navidad se levanta en el lado bajo izquierdo de Ara-Cæli inmediato á la puerta, un teatrillo poco mayor que los teatros de figuras mecánicas: la decoración del fondo representa por lo regular á Belen, construido sobre una colina y perfectamente iluminado; los términos intermedios están poblados de bosquecillos por entre los cuales vagan pastores y rebaños; en el primer término se ven la gruta, el Pesebre, la Virgen y los reyes Magos que ofrecen presentes. Estos personajes son del tamaño natural, y en medio de ellos Bambino está acostado, cubierto con todas sus joyas. Encima y en medio de una gloria aparece Dios, rodeado de sus ángeles. En la parte exterior, á la derecha, se halla el emperador Augusto, y á la izquierda la Sibila, y ambos muestran á Cristo al pueblo que asiste al espectáculo. La escena es sencilla y se brinda á la ilusión.

Proponíame ver algunos objetos en Letran, y me decidí á ir á aquel lejano barrio, tanto mas fácilmente cuanto que en Roma, cuando se tiene afición á los hermosos paisajes, es difícil no volver á disfrutar del panorama que se estiende desde la puerta de San Juan, y que ya te he descrito.

Como en todos los barrios de Roma hay paradas de coches para una carrera, me hice llevar rápidamente desde el Capitolio hasta San Juan de Letran. A pesar de la esposición de las cabezas de San Pedro y San Pablo, la iglesia estaba casi desierta, pues los extranjeros recorrian los alrededores del Vaticano, y los romanos tienen por costumbre molestarse poco. Admiré, pues, á mi placer el ancho pavimento de mosaicos que la concurrencia de ayer me impidió examinar. Viendo que un sacristan me acechaba como el cazador espía la liebre, me puse en sus manos, y me hizo bajar á la Confesion, donde se guardan algunas reliquias secundarias; luego visité el claustro, hermosa construcción gótica del siglo XIII, estilo que por ser muy escaso causa en Roma mas placer que en cualquiera otra parte. Este claustro se parece mucho al de San Pablo; sus columnas son, ya rectas, ya cubiertas de follaje, ya espirales, ya unidas; en medio de ellas hay un espacio mal dispuesto, donde crecen con toda libertad bosquecillos de rosales de Bengala. En las galerías del claustro se ven algunos restos de esculturas, pero llama especialmente la atención una plancha de mármol blanco sostenida sobre cuatro ligeras columnitas; segun la tradición, la cara inferior de esta plancha indica la estatura de Jesucristo, y todos los viajeros que desde hace muchos siglos se han medido pasando por debajo de aquella (cosa que el sacristan obliga á hacer si alguno se niega á ello), ó no llegaron al mármol ó pasaron de él, pues nunca se ha encontrado una estatura enteramente igual á la de Jesucristo.